

que busque el placer de una narración bien contada, donde no falta la típica ironía británica.

Tampoco una habilidad prodigiosa para combinar la presentación de los hechos con el análisis más agudo, de manera que apenas resulta perceptible la montaña de documentación manejada. El autor lo mismo resume controversias teológicas que plantea las relaciones entre la fe y el poder secular, nos sumerge en intrigas de alto nivel o nos conduce a la soledad de los monasterios.

El cristianismo más oficial aparece junto a los brotes de rebeldía de un Francisco de Asís o una Teresa de Jesús, lo bastante audaces para caminar por el borde de la here-



El catedrático MacCulloch analiza los pasos del cristianismo en el tiempo
DAVID LEVENSON / GETTY

ja aunque sin salir de la ortodoxia. Lo más normal sería que MacCulloch arrancara de la Palestina dominada por los romanos, pero no es así. Su punto de partida es la Grecia clásica, la cultura dominante en el Mediterráneo oriental cuando los primeros cristianos expandieron su fe. Tuvieron enton-

El autor cuestiona la utilización de la fe en aras de intereses políticos o como imposición moral

ces que confrontar su experiencia religiosa con una civilización muy elaborada, de la que tomarían elementos filosóficos que han llegado hasta nuestros días. Primero armonizaron la tradición bíblica con Platón, más tarde con Aristóteles.

La ventaja de la *Historia* es que nosotros conocemos el final de la

película. Los contemporáneos de los hechos, en cambio, tenían ante sí diversas posibilidades. Es por eso que el autor reconstruye las tendencias cristianas que fracasaron por una u otra razón, pero que ofrecieron alternativas teológicas que habrían modelado un futuro distinto de haber triunfado. Su derrota fue el resultado de pugnas, muchas veces feroces, por definir la naturaleza del dogma. ¿Era Jesús verdaderamente humano? ¿Cómo se relacionan las personas de la Trinidad entre sí? ¿Fue virginal la concepción de María? La Iglesia católica respondería afirmativamente a este último punto, pero, mucho antes, San Bernardo de Claraval afirmaba que ni siquiera la madre de Jesús fue ajena al goce carnal. Es sólo un ejemplo, pero representativo de cómo el dogma es un producto de la Historia. Sujeto, por tanto, a cambios, como todas las Iglesias que han sobrevivido en el largo plazo.

El bloque dedicado a la época contemporánea se titula, muy significativamente: *Dios en el banquillo*. Frente a las antiguas certezas, el movimiento que surge de la ilustración cuestionará las ideas basadas en el simple argumento de autoridad. Más tarde, los "maestros de la sospecha", Marx, Nietzsche y Freud, dirigirán su potencia intelectual contra los ideales religiosos, por arcaicos y represivos. Sin embargo, el siglo XIX, la época liberal por excelencia, no implica una decadencia del cristianismo. Es un momento de crecimiento territorial gracias al impulso de las misiones.

En la siguiente centuria, la de las dos guerras mundiales, católicos y protestantes se mancharían por su complicidad con matanzas devastadoras y regímenes totalitarios. Respecto a la polémica entorno a Pío XII, el autor critica el silencio del Papa ante las deportaciones de judíos. Su actitud contrasta con la del griego Andrei Sheptyts'kyi, un metropolitano católico que se atrevió a escribir a Himmler para protestar.

En contraste con ciertos títulos que han invadido las librerías, con críticas más o menos intolerantes a la religión (los libros de Hit-chens, sir ir más lejos), aquí no se discute la fe en tanto que apertura a una realidad trascendente. Lo que se cuestiona es su utilización en aras de intereses políticos, o como recurso para imponer una moral. *Historia de la cristiandad*, de hecho, puede leerse como manifiesto contra el fundamentalismo. Fiel a su estilo de suscitador interrogantes, MacCulloch acaba preguntándose si el cristianismo, en lugar de reaccionar a la defensiva frente a la sociedad secular, aprovechará la oportunidad para reinventarse. ¿Aspiración utópica? No debería serlo, porque el cristianismo ha demostrado una capacidad camaleónica para sortear los peligros. |

Latidos

Elogio de la Nueva York salvaje

SERGIO VILA-SANJUÁN

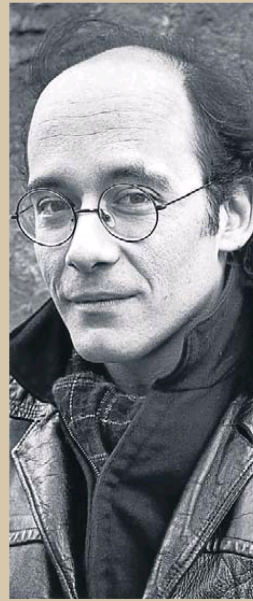
La Nueva York actual es una ciudad domesticada y sin carácter. La buena fue la de los años 70 y primeros 80, caótica, desordenada, tomada por traficantes de droga, peligrosa... pero llena de sabor. Este punto de vista, relativamente inusual y radicalmente anti-Giuliani (el alcalde que inventó el concepto de "tolerancia cero" y consiguió que descendieran los índices de delincuencia de la Gran Manzana) es el que aporta Luc Sante, interesante escritor y periodista desconocido por estos pagos al que acaban de publicar en la editorial Libros del K.O. la recopilación de artículos *Mata a tus ídolos*. "Aquello era una ruina en ciernes, y mis amigos y yo estábamos acampados en medio de sus fragmentos y túmulos. No me angustiaba, más bien lo contrario", escribe.

Mi primera noticia de Sante vino por *Low life: Lures and Snares of Old New York* (1991). Se trata de una historia cultural de los bajos fondos neoyorquinos entre 1840 y 1900, con sus clubs de asesinos, fumadores de opio, calles de prostitutas y garitos de apuestas; también sus barrios de trabajadores y sus políticos marrulleros. Es un libro narrativo que se ha hecho mítico y ayuda a entender cómo esta imaginería de la *Low life* ha encontrado un hueco en la cultura popular estadounidense hasta hoy.

Igno por qué este pequeño clásico no ha sido la primera obra de Sante traducida entre nosotros. La antología *Mata a tus ídolos* no tiene su concentración ni su fuerza pero es sugestiva. La Nueva York de los años 70, que Sante defiende por contraposición a lo que vino más tarde, es la que dio pie también a las películas que encumbraron a Scorsese como *Malas*

calles o *Taxi Driver*. La de los años 80 empieza como una gran fiesta que se prolonga por incontables *lofts* y almacenes reconvertidos, hasta que los jóvenes especuladores reaganianos empiezan a comprarlos a bajo precio y proceden a la reconversión burguesa de la Nueva York destartalada. Junto a estas estampas urbanas el libro ofrece críticas literarias y un texto autobiográfico, *El molde*, espléndido, donde explica sus tiempos adolescentes de trabajador temporal en una fábrica de artículos de plástico, ejemplo de "literatura de la clase obrera" que hará las delicias del experto en el tema que es Kiko Amat.

Algunos de estos textos aparecieron en *The New Yorker*, referencia de la ficción y la no ficción estadounidense. De otra firma de la revista, Maeve Brennan, nos llegan sus *Crónicas de Nueva York* que en edición de Isabel Núñez publica Alfabet. Hija de un diplomático irlandés, Brennan, de quien Lumen tradujo una novela, fue asidua de la sección *The Talk of the Town* bajo el pseudónimo de The Long-winded Lady (la señorita prolija). Su Nueva York es la de los años 60, anterior al deterioro celebrado por Sante, multiforme y acogedora, vista siempre con cierta extrañeza existencial. Como lector me quedo con la Nueva York de Luc Sante, pero como turista, que me den la de Brennan o la de Giuliani.



Luc Sante en una imagen de 1991
CORBIS